

## CRONICA DEL AFRICA NEGRA

LA «experiencia» de la Costa de Oro continúa siendo uno de los dos polos en que se conduce la inquietud política del Africa Subsahariana. El ensayo independentista que a remolque de los acontecimientos realiza Inglaterra, prosigue su desenvolvimiento dentro de unas directrices en que apenas ha sido perceptible —contra temores y esperanzas— el cambio en la política metropolitana. Las cosas habían ido ya demasiado lejos para hacer posible un fácil retorno a un punto desde el que fuera factible una nueva solución. Ello implicaba un grave riesgo: dar violencia a un conflicto que, por el momento y dentro de las concesiones realizadas, aun no había llegado a extremos irremediables. Riesgo que, habida cuenta la agobiante circunstancia en que se desenvuelve, era difícil que se atreviera a afrontar la nueva situación política. La corrección a la política colonial laborista en lo que tuvo de errónea a juicio de sus sucesores no se ha manifestado, ni es de esperar que lo haga en lo necesario bajo la forma de medidas espectaculares, o que implicaran utilización de la violencia. Por el contrario, en la línea de la nueva política están más bien las correcciones ligeras, de aspecto intrascendente y cuya finalidad sea el aprovechamiento máximo de las nuevas situaciones dentro de las elásticas formas de incumbencia, características del dominio británico. Sólo en caso de gravísima necesidad y para impedir el advenimiento de una situación irremediable, se había de recurrir a procedimientos coactivos.

No es por este lado por donde N. Rumah ha de encontrar mayores dificultades en la realización de su empeño independentista. Es posible que en determinados aspectos le sea, al menos en apariencia, facilitada su labor. Sobre todo si atenúa (y a veces —pero sólo a veces— parece dar muestras de ello) su inicial tendencia desvinculadora. Aunque en sus aparentemente contradictorias declaraciones de hábil maniobras es difícil encontrar base segura para poder deducir sus propósitos.

Los principales peligros están por otro lado. En la posible debilitación interna, por ejemplo. El mantenimiento de la cohesión de sus soportes es condición indiscutible para su supervivencia al frente de los destinos del país. Y su mantenimiento al frente del mismo es condición precisa para estabilizar la nueva situación.

En uno de sus discursos ha dicho N. Rumah que «Institution of chieftaney is so bound up with the life of our community that its disappearance would spell disaster», y aunque ello haya podido ser motivo para que se rasguen las vestiduras algunos pretendidos vestales de la democracia, revela que el jefe y motor de la independencia de Costa de Oro vive dentro de las exigencias de la realidad. Es pues, de esperar, que la adscripción estratégica a principios ideológicos de elaboración ajena a las exigencias del medio en que se desenvuelve no sea obstáculo —y aquí sí está uno de los principales obstáculos a que antes hemos aludido— para su ulterior actuación. Utilizar fórmulas europeas para la fundamentación y respaldo de sus exigencias independentistas en una necesidad del momento. Pero dejar que el tinglado ideológico que la sirviera de apoyatura se convierta en momentos decisivos en trampas o zancadillas que pudieran entorpecer su camino hacia el logro de sus propósitos, implicaría una ingenuidad política de lo que parece estar Ukamah muy alejado.

Es muy difícil predecir las formas en que se estructurará, bajo el nuevo signo, la vida política de Costa de Oro. Estamos aún en la fase turbia y confusa de inicial exacerbación y de las declaraciones y actuaciones actuales no es posible deducir la futura cristalización. Sólo como provisionales podemos considerar las realizaciones presentes, y con este carácter de provisionalidad son en el fondo sentidos, pese a las declaraciones justificativas. Y esta sensación de provisionalidad actúa en el fondo con un cierto carácter de facilitación de transacciones adecuadoras que constituyen la característica del actual momento.

En los intentos de política racial de la Unión Sudafricana encontramos el otro punto en que se paraliza la inquietud del Africa Subsahariana. El hecho de que esta polarización esté fundamentalmente condicionada por la oposición social, da a la situación un matiz de especial peligrosidad. Entre el independentismo indígena en creciente radicalismo y la cada vez más fuerte reacción de los colonos blancos que, ante la crudeza de la realidad, han perdido la fe en las posibles soluciones de transición y derivan aceleradamente hacia la política de convivencia interracial que propugna la Unión Sudafricana, las posi-

ciones de transición sólo encuentran una asistencia convencional. Cuando se estudien fríamente los resultados reales de la política colonial europea dominante durante estos últimos años, se verá que todos los intentos de reestructuración política de las dependencias no han sido en resumidas cuentas sino una manifestación más de la retórica política, resultante de la interferencia ideológica metropolitana sobre una situación de hecho que se caracterizaba principalmente por una grave debilitación de las razones de dominio. Y que su resultado definitivo ha sido el de actuar de acelerador en el proceso natural de ajuste de las fricciones surgidas de la convivencia interracial, en el sentido de exacerbar la potencial hostilidad mutua.

Estas tendencias polarizadas son, por otra parte, un factor de unificación interafricana de naturaleza más cohesiva que los acuerdos políticos —siempre dentro de insuperables reservas— entre los poderes colonizadores o que los imperativos unificadores de la realidad económica. El Africa Subsahariana tiende a superar los límites casi estancos en que el azar del reparto colonial la había dividido. Las semejanzas entre las respectivas situaciones de blancos y negros dentro de cada área colonial, origina una cierta afinidad, superadora de las limitaciones locales, en la que encuentran terreno propicio las cada vez más afectivas vinculaciones. Si acontecimientos externos, muy de esperar dentro de la actual situación tan cargada de las más encontradas posibilidades, no irrumpen en el lógico desenvolvimiento del proceso iniciado, tendremos próximamente un Africa Negra escindida en dos bloques antagónicos, no espacialmente determinados: el de los colonos blancos junto a los grupos étnicos negros que prosigan aferrados a lo que se mantenga en pie de sus principios tradicionales. Y el de los elementos negros asimilados a las formas culturales europeas —al menos en su manifestación exteriorizadora— ejerciendo una influencia rectora de difuso contenido sobre las masas indígenas desarraigadas de su encuadramiento originario y en progresiva proletarización. Los efectos que esta dualidad hostil pueda producir dentro de la compleja pugna en que se desenvuelve la historia presente son en gran parte imprevisibles.

L. T. I.